

EDUARDO LIZALDE

TRADUCCIÓN DE UN ROSTRO (UN RETRATO DE ARTURO RIVERA)

Me mira este pintor con ojo crudo y cruel,
con ojo del Spagnoletto y de Velázquez,
aunque ennoblece el porte nativo del modelo
y le concede a mi nariz de cuervo dignidad aguileña.
La destreza cisoria de su lápiz
atraviesa la piel adelgazada por el viento y los años
y al tocarla descubre la muerte subcutánea
que madura detrás de esas estelas,
estragos y desgarraduras indelebles,
cicatrices ocultas aun al espejo y su alfinde
insobornable y curioso.

Viva emerge la cara contra un cielo plumizo
(de tan viva que está, se irá muriendo también),
y hay un aura en la tela, y un aroma,
que recuerda el transflor de la pintura
sobre aceros antiguos.
A tu lengua visual, alumna a un tiempo
de Vesalio y Hans Holbein,
trasladas ya, pintor, gestos, humores,
torceduras del cuerpo que percibes
y del alma incorpórea
*que entre tu mano y la de Dios, perpleja,
quál es el cuerpo en que ha de vivir duda,*
como dijera al Greco, su retrato admirando,
aquel Paravicino.

